

# EL CUADRILATERO DEL MESTIZAJE

MARIA TERESA ADRIASOLA

*En el arte de novelar—pues si los cambios no han ido muy de prisa, la novela todavía “debería ser artística”—no se puede llegar a poner sobre el tapete de las páginas un volumen completo de conocimientos sobre el mundo de las prostitutas, los mapuches o la clase media chilena. La novela, conocimiento verbal de un mundo, se forma más allá o más acá del archivo, del testimonio escueto, o de otras manifestaciones literarias-documentales como son por ejemplo las historias de vida. La forma novela emerge, auténticamente, con independencia de su trama o su temática cargando su materia en el peculiar diseño formal que le haya encontrado para su exhibición. Así, tras este preámbulo definitorio, es posible decir que Sonia Montecino libra su lucha de titanes contra “los misterios de la narrativa”, y, que apresada por el monstruo de siete cabezas de la forma, saca su puño decidido repleto de ideas.*

Un riquísimo plano ideológico presenta *La revuelta* cuya historia se circunscribe a las transformaciones y desdoblamientos en la vida de Noemí Sandoval. Esta ex ballarina de “El negro José”, y luego luchadora libre en los espectáculos del Emperador, connota sus transformaciones en el doble tránsito de negación y afirmación de sí misma. Primero, con su desaparecido marido René, en el doble aspecto de la seductora Sandro y, seducida, como madre de Amelia. Después, con el Emperador, negándose a su servicio, Bibí La Invencible, luchadora libre-encadenada que se libera como Bibí La Champurría Invencible, luchadora autóctona y libre de los bosques del sur. Finalmente, frente a María Cariqueo, la machi, Noemí, que busca escaparse alienada en los espectáculos de entretención que la encandilan y explotan, se recuperará a sí misma en el aprendizaje de la medicina indígena y el machitaje.

Desde el nombre de este libro, *La revuelta*, se advierte una proposición de multisignificación de esta palabra. El nombre la revuelta operará a lo menos en tres direcciones de significación: connotando el ambiente de cuadrilátero y rifa permanente en que se encuentran los pobres marginados; en la sublevación final de los marginados y, por último, en la proposición general que atraviesa todo el libro, y que refiere la revuelta al proceso de mestizaje que presenta nuestra sociedad.

El mestizaje, la enfermedad que recorre nuestra sociedad, se expone a través de las conductas de Noemí: “Tú estás enferma, revuelta entera te tienen los males. La revuelta te sanará Lorenzo, mi primo, el machi” (p. 62), le dice María Cariqueo. Lo mapuche, siempre visto como agente pasivo por la cultura española, en estas páginas tiene el poder del enjuiciamiento, y en el mestizaje “ve” lo ridículo del otro, su dominador, y anota que lo ridículo y extraño, lo otro, es lo que hay que sacar. “Me dices que soy champurría para burlarte, para que los otros carcajeen. Tu madre me explica que champurría<sup>1</sup> es mestiza, revoltijada. Lorenzo machi, de reojos me compones mezclada, enredada...” (p. 68). El mestizaje es sin duda una mescolanza y un enredo, un mal ubicado en la región más medular y elemental de hombres y mujeres, y por eso la más complicada: el sexo. Basta recordar que René desea a Noemí porque es Sandro. Una hibridez sexual caracteriza a la mayoría de los personajes; por ejemplo, las Fierrecillas del Emperador emulan en el ring la fuerza bruta masculina y el Emperador es observado por Noemí como un hombre flácido, carente de virilidad; el mismo Lorenzo machi, que no puede mirar de frente, viste como mujer y Silvia Munizaga, financista del Emperador, siente una atracción confesable por Noemí-Sandro... “Te desconcierta que ser hombre es ser Sandro, ser Bibí la Invencible mordida de culebra (...) Amelia, concebida de René. Ser revuelta” (p. 31). Una pureza mapuche que se burla de lo mestizo busca proyectarse sobre este mundo revuelto; el machitún es un intento de sacarle el otro desde lo profundo del cuerpo, ese mal impuesto: “Veo surgir entre las llamas a René desnudo (...) Con tristeza y rabia decido liquidarte: así ya no me obligarás a ser el hombre que no soy” (p. 69), monologa Noemí en los delirios de su curación.

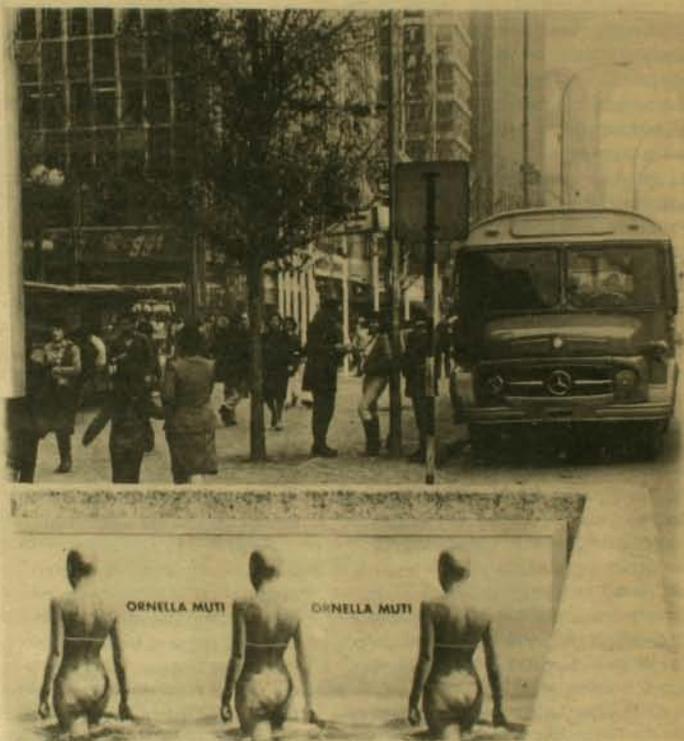
Desde el plano sexual el mestizaje se eleva al plano

social. Silvia Munizaga, aristócrata venida a menos, sobrina de un ex presidente de la República y socia del Emperador, conoce de sus ancestros los códigos de la sociabilidad. Ella hubiera firmado bajo el adagio popular: juntos pero no revueltos. Para ella bajar desde su castillo a la playa de Cartagena es un nego-

hombres desaparecen por causas políticas, como René, o desaparecen por causas de política individual de macho, como Miguel, el engendrador de un huacho en Amelia.

La mirada racial siempre estará presente en este libro, entre la gente de familia y la gente huacha, y, por supuesto, entre los descastados. Raquel, mujer sola, vecina de Noemí, quien se autoconsidera “huérfana” pero cabalmente es huacha, se expresa así de su compañera de clase: “Mi abuelita conoció a su tía y decían que eran indias, mapuches esos dos, cochinasas” (p. 19). Y la blanca Nieves, empleada doméstica de la Munizaga, tiene un gesto condenatorio para con su empleadora cuando “invita al Emperador a un castillo que éste no ha conocido ni en las fantasías sobre su apodo.

A medida que los acontecimientos progresan —las rencillas, las persecuciones— el tiempo histórico es invertido y en su progresión alcanza un tiempo mítico mapuche en la zona sur chilena. Allí, tras una especie de viaje a la semilla de Noemí Sandoval, las fuerzas del bien formadas por mujeres mapuches y huachos que se apoyan en la magia indígena, derro-



Alvaro Hoppe

cio donde la afectividad no tiene cabida: “No te preocupes tío, tú creíste en los de abajo y por eso te mataron, yo no creo en ellos y no me pasará nada” (p. 44). Para Silvia Munizaga, las alianzas socioeconómicas no se dan en nivel de igualdad; ella sabe por familia que toda alianza debe ser dominada y que el dominio se encuentra en el discurso: “El emperador está seguro de haber conquistado lo mejor de Cartagena (...) Le propone un brindis. Para nosotros no hay palabras, se dice el Emperador, regocijado. Para ustedes no existen las palabras, reflexiona Silvia...” (p. 46). Dos conocimientos del mundo y dos núcleos sociales base se enfrentan: lo que se sabe por familia (patriarcal) y que constituye nuestra cultura y lo que se sabe como parte de la sociedad de huachos (matriarcal) que no va más allá de la experiencia de los cuerpos y que constituye nuestro costumbrismo. Las mujeres tienen permanencia, en tanto que los

tan en un enfrentamiento casi de opereta a los otros, las fuerzas del mal que alinean al Emperador, al alcalde y a los innumerables muñecos de las fuerzas represivas.

La historia de este libro, que se inició en el mundo marginado de la ciudad, recupera su razón de ser con la victoria, en el interior del mundo-ruca de Lucinda Queupil. En ese útero, desde donde salió Noemí y ha vuelto de la mano de María Cariqueo, Amelia ilumina el lugar con un nuevo huacho, hijo predilecto de las relaciones amorosas-sociales de nuestra sociedad.

*La revuelta*,  
Sonia Montecino,  
Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1988, 90 páginas.

<sup>1</sup> Champurría: champurreo (mejicanismo), mezcla.